

CAPITULO VI.

ORÍGENES POSITIVOS DE LA VERDADERA RELIGION.

SUS LIBROS.

La verdadera religion se ha manifestado por medio de los caracteres divinos de sus pruebas, de su fundador, de sus efectos sociales, de sus efectos sobre los individuos. Esta última accion se ha desenvuelto ante nuestras miradas à la luz de una exposicion doctrinal formulada del modo siguiente: ¿Cuyo es el motor de la moralidad propia del cristianismo? ¿Cuáles son los medios principales puestos al servicio de ese motor? ¿Qué prodigios realiza? ¿Cuales son los limites de su poder? La contestacion nos ha llevado à

velas desplegadas à la paz y al esplendor de la siguiente conclusion: "la única religion sobrenatural que comunica al mundo una cualidad verdaderamente superior à las fuerzas de la naturaleza es el cristianismo."

De esta suerte hemos contemplado à la razon humana avanzando constantemente, guiada en su camino por las luces del buen sentido y de la historia, desde la necesidad de creer, hasta el seno de la sociedad cristiana. Pero una vez llegados à este *Sancta Sanctorum* de la verdad doctrinal, nos queda todavía por cumplir un nuevo deber que comunique mayor seguridad à nuestras creencias, y este deber consiste en verificar los fundamentos en que descansa el edificio dentro del cual se abrigan. ¿Apóyase el cristianismo sobre testimonios ciertos, ó sobre datos superticiosos? ¿Sus monumentos primitivos merecen completa confianza, ó fueron y deben considerarse únicamente como una estratagema, con la cual se trató de embaucar à nuestros crédulos abuelos? En otros terminos, los escritos, los hechos, los dogmas de la sociedad cristiana ¿proceden de origen divino, ó tienen únicamente una autoridad que no pasa de legendaria? Hé ahí el punto sobre que versa la cuestion debatidísima entre la escuela crítica y el cristianismo.

Esa discusión suscitada en Alemania hace muy cerca de un siglo, y trasladada á Francia de algunos años á esta parte, ha alcanzado una boga extraordinaria, sumamente perjudicial para las creencias de algunos. Conviene simplificar los términos y deducir la conclusion oportuna, para poner en evidencia, que si un soplo insignificante basta para levantar nubes inmensas de polvo liviano, todos los huracanes del mundo son pocos para derrumbar el edificio que acabamos de constaurir, que no puede ser derribado ni tan sólo conmovido.

Resultado de una verdadera intuicion de malevolencia, la negacion dirige sus ataques contra la cuestion de nuestros orígenes, persuadida de que no existe medio más expedito para concluir con las creencias. Si el cristianismo carece de bases divinas, no puede ser más que el resultado de acontecimientos históricos, y por consiguiente no existe para nosotros religion alguna positiva. Por otra parte, si el mundo es el resultado de la accion de las fuerzas mecánicas é impersonales de la naturaleza, no se concibe la existencia de religion natural. Arrojado de todas sus trincheras el ante-cristianismo, resistiría aún en esas dos ciudades, si no se le hubiese lanzado de ellas ignominiosamente; pero como can-

ta sus dorrotas en vez de confesarlas, no hemos de consentir que las presente como verdaderas victorias.

Al leer de nuevo las piezas de ese proceso, hemos experimentado uno de los mayores escándalos que en tiempo alguno se hayan inferido á nuestra honradez. Cuando los ignorantes ven puestos en duda los textos y las narraciones sagradas, por sábios eminentes de Francia y Alemania, que para mayor autoridad atiborran sus escritos de citas y notas marginales, llegan á presumir que se ha llevado á cabo algun descubrimiento importante contra la autoridad de nuestras Escrituras; pero la verdad es que, respecto del particular, nada absolutamente se ha inventado que contradiga la fé de otros tiempos. Nuestro siglo ha negado, no en virtud de datos positivos, sino en fuerza de una teoria de antemano preconcebida: ha imaginado un sistema filosófico que implica la negacion sobrenatural de esos orígenes cristianos, y lo sobrenatural de esos orígenes ha sido sacrificado al sistema.

De manera que la revision calorosa de los textos y de los hechos, que constituye el fondo de las obras del criticismo, no debe considerarse en manera alguna como un resultado científico, sino como fruto de una pasion especulativa. Hay

más aún, todo ese aparato de erudición, por cuyo medio se pretende ocultarla, no es más que un empréstito hecho à la exegesis cristiana y convertido en contra del cristianismo por medio de hábiles falsificaciones. ¿Qué vemos en el fondo de esos ataques considerados como cosa nueva? Nada más absolutamente que las observaciones de la crítica ortodoxa convertidas en objeciones, es decir los elementos proporcionados por Ricardo Simon, ofrecidos en sentido inverso por Straus y Paulus, y los estudios escriturarios del siglo décimo séptimo convertidos, por medio de manipulaciones germánicas, en fuente perenne de la negacion contemporánea. Por lo demás, tenemos en favor nuestro, respecto del particular, la confesion de nuestros adversarios: «Cuando la ciencia lãica empieza à ocuparse en tan difíciles asuntos, no tiene que hacer más que resumir, bajo su punto de vista especial, es decir en sentido negativo los trabajos emprendidos por la erudicion sagrada (1).» ¿Cabe más innoble proceder para con el adversario à quien se ha despojado? ¿Se concibe mayor indigni-

[1] Reinán. *Historiadores criticos de Jesus*.

nidad que herirle con sus propias armas, despues de haber trabajado en envenenarlas?

No puede dudarse que Ricardo Simon se hizo acreedor à los rudos ataques que le dirigió Bossuet, en contestacion à las aventuradas opiniones emitidas por el sapientísimo padre del Oratorio en su *Historia crítica del Antiguo Testamento*: cierto que existian razones muy poderosas para incluir en el Indice la *Historia crítica del Nuevo Testamento* del propio autor, pues campean en ella algunas proposiciones heterodoxas; mas tampoco debe desconocerse que Ricardo Simon, inferior à Bossuet por el talento y por el rigor doctrinal, le sobrepujaba en conocimientos exegéticos. Ni cabe tampoco desconocer que en sus trabajos bíblicos desplegó un saber inmenso y una crítica perspicaz, capaces de imprimir, mediante correccion, un movimiento muy ventajoso à nuestros estudios. Por último, tampoco puede pasar desapercibido, que los eruditos alemanes, tan encomiados en los presentes tiempos, han aprendido más en la escuela del sábio francés, que los franceses que no han sabido aprovecharse de sus lecciones. El doctor Reithmayer ha tenido la suficiente franqueza para confesarlo. «Desde el punto de vista científico, son muy inferiores à las obras de Ricar-

do Simon, las obras que posteriormente se han dado á luz. La misma *Introduccion al Nuevo Testamento*, de Hug, escrita con gran talento de exposicion, está muy por debajo de aquella, por lo que se refiere á conocimientos teológicos... sensible es que los católicos no hayan seguido el movimiento impreso á la ciencia por Ricardo Simon, pues sin adoptar sus errores podia haberse aceptado cuanto habia en él de bueno; por lo mismo que, de esta suerte, se habria levantado un dique más poderoso á la invasion de la crítica negativa, que surgió poco tiempo despues en las escuelas protestantes (1).»

Tomamos acta de estas confesiones no por amor propio nacional, sino movidos por un interés puramente apologético. Resulta de ellas que los motivos de las dudas exegéticas eran los mismos para Ricardo Simon que para los sabios de la Germania, y que si estos han dudado incomparablemente más que aquél, ha sido por pura inclinación á las negaciones radicales, especialmente por las necesidades de sistema altamente comprometedoras para la autoridad de sus conclusiones. Tal es, en resumen, la razon de ser

(1) Reithmayer *Introduccion* t. I, p. 21 22.

de eso que se ha dado en llamar el «dogma nuevo, el principio fundamental de la crítica moderna (1).»

Dios se presenta confundido con el universo cuyas evoluciones se hallan determinadas por leyes inmutables y necesarias. Dios confundido con la naturaleza no puede manifestarse por hechos sobrenaturales. Así pues, el milagro que es una derogacion de las leyes fatales del orden natural, es inadmisibile. Así pues es indispensable que los libros santos, archivos inmortales de lo sobrenatural, resulten desprovistos de toda autoridad y que lo maravilloso contenido en esas páginas inspiradas, carezca de toda realidad concreta. Así pues, es indispensable que sea rechazada toda religion fundada en la creencia en lo sobrenatural, sin discusion alguna, y que la evidencia histórica sea reducida á la nada, para que ocupe su lugar la abstraccion de un spino-sismo brutalmente negativo. Tal es la última ratio que tuerce la autoridad de los hechos más irrecusables, en los espíritus que se juzgan poderosos porque resisten al sentido comun.

Cuando se sabe que el origen divino de los

(1) Littré, *Consuetudines, revelacion y positivismo*, prof., p. 26.

Evangelios y su conservacion integral hasta nuestros dias se hallan atestiguados por innumerables documentos; cuando se considera que durante diez y ocho siglos los filósofos y los herejes han puesto en duda las doctrinas, pero sin poner en duda su procedencia apostólica, causa verdadera estupefaccion el hecho de que en pleno siglo diez y nueve un hegeliano pretenda conocer más profundamente esos monumentos que San Justino ó San Clemente, y todo porque la doctrina de lo absoluto no debe ser desmentida ni aun por la historia más innegable. ¿No esto la rábida de la especulacion contra el método experimental, llevada hasta el delirio?

Afortunadamente, en esto como en otras muchas cosas la Providencia ha permitido que el mal llevara su remedio en sus mismos excesos. Cuando la moda se inclinó á las interpretaciones míticas, el espíritu humano comprendió que si no era auténtica la figura de Cristo, eran muchas las figuras que debian recibir retoques. ¿Cómo prestar fé á la integridad de la *Iliada* si se negaba la del Evangelio? Así se explica que Homero cayese inmediatamente bajo el dominio de la leyenda: sus poesias no obstante la poderosa unidad de su inspiracion, fueron consideradas como una simple compilacion de fragmentos y

fué negada su identidad. En pos de él, Aristóteles y Platon, derribados de su pedestal y despojados de su realidad histórica, se convirtieron en simples pseudónimos inscritos al frente de obras colectivas ó impersonales. Por último, el P. Hardouin que negaba la autenticidad de la *Enéida*, tuvo émulos extremados, y la crítica que habia repugnado al buen sentido, dejó de ser peligrosa para la razon. Cual la lanza de Aquiles, y perdóneseme el uso de tan repetida comparacion, curaba las heridas que producía, demostrando que así como en el órden filosófico negando á Dios, queda únicamente la nada; en el órden histórico, suprimido Jesucristo, solo queda el caos.

Describir todas las evoluciones del ataque en este terreno, es materialmente imposible. El plano de ese campo de batalla no puede ser levantado, porque el terreno ha experimentado profundas y continuadas remociones. La batalla no se presta á la descripcion, porque las líneas de los combatientes se han confundido veces mil. Pero lo que del cuadro pondrémos en evidencia por medio de nuestra exposicion apologética, bastará para que pueda adivinarse lo demás. El órden que vamos á imponernos, proyectará, por lo menos así lo esperamos, alguna luz sobre un

conjunto asaz oscuro, porque nosotros podemos decir de los exegetas racionalistas del siglo décimo nono, lo que Descartes hablando de los filósofos de su tiempo. "Abrámos algunas ventanas y hagamos penetrar la luz en esta cueva "dónde se han encerrado para apalearse."

El edificio de los orígenes del cristianismo, descansa sobre tres columnas principales que la negacion ha pretendido derribar una en pos de otra. Si ha causado mayor ruido la lucha emprendida sobre la cuestion de los libros, no proviene de que absorbiera por completo el interés de la campaña, sino porque ocupada esta posicion, no habia ya de ofrecer graves dificultades el apoderarse de todo el recinto. Las tres piedras fundamentales del cristianismo, las que pudiéramos llamar piedras de toque de su divino origen, son sus libros, sus hechos primitivos y sus dogmas. Los libros se han presentado por el criticismo como producto de otros autores y de otro tiempo de aquellos á quienes se atribuyen. Sus hechos primitivos han sido ora negados por la interpretacion racionalista que no los admite como maravillosos, ora por el sistema mitológico que no los reconoce como reales. Sus dogmas han sido repudiados en el concepto de que no constituyen el producto de una inspira-

cion sobrenatural, sino una formacion cincrética resultante de los diversos elementos proporcionados por el Philonismo, por la religion de Zoroastro, y por la escuela de Alejandria. Trátese pues de levantar de nuevo, en algunas páginas importantes, la verdad sobre estas tres cuestiones y demostrar la autenticidad de los libros, la certeza de los hechos y la divinidad de los dógmas que constituyen la esencia del cristianismo.

Circunscribiremos la cuestion á los límites de la polémica actual, evitando, en cuanto sea posible, el aparato científico, á fin de poder deducir con más facilidad las conclusiones apologéticas, y asumiendo todo el trabajo de investigacion con el propósito de evitárselo al lector. De *la Vida de Jesus*, escrita por el Dr. Strauss, háse dicho, que "los incrédulos no la leen; pero que que la hallan irrefutable." El criticismo suele valerse de este medio para alcanzar facilmente el triunfo; mas por lo que á nosotros toca, debemos manifestar que no nos satisfaría el tener razon á este precio.

Vamos, pues, á emprender el trabajo de poner en claro tan completamente como podamos, los tres puntos objetos del debate, empezando por manifestar, respecto de lo que á la autenticidad

de los libros dice relación, que nos ocuparemos sucesivamente: 1.º, del estado de la cuestión; 2.º, de la exposición de las pruebas; 3.º, de la refutación de las objeciones.

Para resolver debidamente la cuestión, es indispensable plantearla en términos claros y precisos. Digamos, pues, que un libro santo es *auténtico*, cuando está escrito por el autor cuyo nombre lleva: *verdadero*, cuando han acontecido los hechos que refiere: *divino*, cuando el que lo compuso estuvo sobrenaturalmente inspirado para no caer en error: *canónico*, cuando forma parte del catálogo de los que Iglesia considera como divinos. Esto sentado, debemos añadir que al presente se trata de la autenticidad de los Evangelios, no á la manera que habria podido establecerse hace un siglo, sino desde un punto de vista que podríamos llamar de *actualidad*. Ahora bien, para que dicha autenticidad

resulte clara y terminante, se hace indispensable una verdadera exposición. Semejante procedimiento no es ocioso, puesto que la exposición de la tesis es la base indispensable de toda refutación.

Al presente la negación de la autenticidad de los Evangelios procede de un mero principio sentado á *priori*, formulado próximamente en los siguientes términos: "Dios no puede encarnarse en un hombre: pero lo está en toda la especie humana: hé ahí la clave de la verdadera cristología. El sujeto de los atributos que da la Iglesia á Cristo, en vez del individuo es la humanidad: solo ella constituye la verdadera reunión de las dos naturalezas, y el Dios hecho hombre (1)." De estas gratuita premisas se deriva lógicamente la siguiente consecuencia: luego los Evangelios: que son; la historia de un Dios hombre en una sola personalidad, deben ser apócrifos. Y como en apoyo de esta suposición moderna se aducen objeciones antiguas, resulta esa mescolanza indigesta de conocido y desconocido, de vejezes y de novedades heterodoxas que constituye, respecto del particular, las

(1) Strauss. Vida de Jesu, trad. de J. J. de la Cruz, como I.

especulaciones que se han decorado con el pretensioso nombre de crítica histórica.

Sentado que Dios no se hizo hombre individualmente, sino en la evolución indefinida de la humanidad, será indispensable cometer verdaderos atentados contra la evidencia, para la justificación de tal sistema; mas no por esto el sistema se considerará vencido, sino que por el contrario marchará adelante. Si se le sale al paso con la autenticidad de los Evangelios no tiene inconveniente en manifestar que los tres primeros, llamados los sinópticos, constituyen un conjunto de tradiciones sin valor histórico, que ha recibido su forma en las Iglesias cristianas, á fines del siglo primero; por lo que respecta al cuarto, obra de los discípulos de Juan, solo contiene, en lo que realmente le pertenece, las imaginaciones de un hombre sumido en el aislamiento de la soledad. Como la noción metafísica del Verbo no estaba al alcance del humilde pescador de Bethsaide, debe considerarse como producto exclusivo de la gnóstica ortodoxa. Desde el principio existió un proto-evangelio, es decir, un pequeño *librillo* que contenía algunos fragmentos de las palabras y de los actos de Jesús. Este *librillo*, comentado y amplificado por la piadosa fantasía de los fieles, sirvió de modelo á innume-

rablos Evangelios á los cuales se dió por autor y este ó aquel apóstol, ó á un hombre apostólico. Si han subsistido cuatro de estas narraciones, en tanto que todas las demás fueron declaradas apócrifas, consiste no tanto en que sea mayor su autenticidad, sino en que siendo los únicos que ha encontrado aceptables la Iglesia, ha aceptado en su cánón la responsabilidad. Y respecto de los tres primeros, ¿cuál es el más antiguo? Pregunta ociosa; pues no cabe dudar en manera alguna, que el que con mayor número de detalles dé cuenta de la destrucción de Jerusalén, deberá ser el que se haya escrito con más proximidad á la realización del acontecimiento, porque como en principio no debe admitirse la profecía, supuesto que la haya habido, el profeta será un narrador de lo que fué, no pudiendo distinguirlo de lo que ha de ser; es decir, que la misma historia tendrá la precisión de desmentirse, para que no pueda desmentirse la teoría.

¿A qué exigir, después de lo dicho, las pruebas de este sistema? ¿Por ventura no tiene la combinación cuanto de verosímil puede exigirsele, para que por sí misma se justifique? No puede desconocerse que la crítica cristiana aduce pruebas externas en favor de la autenticidad de los Evangelios; mas, ¿qué valen tales pruebas

comparadas con la autoridad de tales presunciones? Por lo demás, para admitir los Evangelios, es indispensable creer en los milagros, y los milagros son imposibles. A más de que, ¿no son patentes las discordancias y las contradicciones en lo de puesto por los cuatro historiadores de Jesús? Solo en el relato referente á la resurrección, ¿no se han descubierto hasta diez antinomias irrefutables?

Hé ahí el fondo sobre el cual se ha ejercitado la sagacidad, más bien inventiva que rectificativa de los exegetas alemanes, de cien años á esta parte. Ferd. Chris. Baur y Schweigler de Tubinga; Zeller, profesor de Magdeburgo; Ritschl de Zurich, Wokmar, de Bonn; Hilgenfeld, de Jena; Schleirmacher, de Halle; de Wette, de Basilea; Ovald, de Goetinga; y Michaelis, Eichhorn, Mars, Grats y sus plagiarios de Francia, han vuelto y revuelto en todos sentidos el propio tema, sin deducir de ello testimonio alguno cierto, en perjuicio de los Evangelios. Solo aquellos que abordan la cuestión con opiniones de antemano preconcebidas, opiniones que solo pretenden justificar, han podido ver pruebas fehacientes en esta inmensa balumba de hipótesis dispueltas sistemáticamente.

Es un hecho digno de llamar la atención el

que muchos de los autores que niegan la autenticidad de los libros sagrados, son ó han sido ministros protestantes. Es decir, que el espíritu hegeliano, haciendo maridaje con la exegesis separatista de la reforma, es lo que ha hecho tabla rasa de esas escrituras sobre las cuales ha pretendido establecerse la reforma. Por esto cuando M. Guizot anatematiza los excesos del cristianismo, echando mano de estas profundas y sentenciosas palabras: "Esto no merece el nombre de crítica histórica, esto no son más que sistemas filosóficos y narraciones novelescas, haciendo veces de documentos materiales y de morales verosimilitudes", trabaja, sin darse cuenta de ello, no sólo contra los desvíos de algunos de sus correligionarios, sino también en contra del principio en que se funda la religión que profesa.

Por su parte los exegetas cristianos contestan: Examinémos la historia históricamente, y no según las reglas arbitrarias de una filosofía preconcebida. En cuanto á vuestras objeciones las conocemos perfectamente, puesto que en último resultado se reducen á la obra de Porfirio, secularizada por algunos innovadores retardados en su camino; de manera que si tales sombras bastan á engendrar en vosotros dudas que no

produjeron en nuestros abuelos, es pura y simplemente porque os habeis saciado de ellas. En realidad de verdad, no es la falta de autenticidad de los textos la que ha destruido vuestra fé, sino que por el contrario la pérdida de la fé es la que os ha conducido á sospechar de la autenticidad de los textos. ¿Y no es cosa que causa sorpresa que de filósofos ateos os hayais convertido en exegetas deístas? Y no obstante á pesar de todas las violencias inferidas por vuestra filosofía á la verdad escrituraria, la sostenemos decididamente: los cuatro Evangelios canónicos no son en manera alguna un trabajo impersonal aumentado con adiciones legendarias de varias generaciones, sino la obra de los escritores sagrados que los han firmado. Antes que terminara el siglo primero habian visto la luz. El proto-evangelio, de que haceis derivar los otros como mera supersticiosa amplificación, jamás ha existido. S. Juan es el autor de la historia que lleva su nombre y las razones que se han alegado para sostener las dudas que han querido suscitarle, carecen de fundamento. Respecto de las antinómicas existentes en la sagrada narracion, sólo las ha visto Lessing que las imaginó. Por lo que se refiere á esas aparentes contradicciones, constituyen para sus autores

un verdadero titulo de gloria, pues no habia de haberles sido muy difícil ponerse de acuerdo para evitarlas, y aun son mayor timbre de gloria para la Iglesia que las ha respetado, ya que ha, biéndolas podido hacer desaparecer con algunas plumadas, con lo cual habria destruido el motivo de una guerra sin tregua, á la tranquilidad resultante de la falsificación, ha preferido el martirio resultante de la sinceridad.

En apoyo de tales asertos la verdad produce testimonios completamente desprovistos de las preveniencias y de las nebulosidades que distinguen á los del error. De Cellerier, La Lucerne, Bergier, Duvoisin, Hug, Lardner, Norton, Tholuck, Olshausen, William Paley, Reithmayer Adalberto Mafer, Henry Vallon, y por último nuestros obispos contemporáneos contestan á M. Renan; y otros cien representantes de la ciencia, unida al buen sentido, difunden sobre nuestros orígenes una luz tan viva como la del misma sol. Ante semejante espectáculo, las conclusiones escépticas de Nieburh contra la verdad de la historia romana, parecen mil veces más admisibles que las alegaciones de la crítica negativa contra el Evangelio: cosa en verdad que no debe sorprendernos, porque si existe libro alguno, de los que la antigüedad nos ha legado,

cuya autenticidad resulte innegable, es este e que nos ocupa: lo es tanto como sospechosos todos aquellos que se emplean en destruir dicha autenticidad, ya que ninguno de ellos puede alabarse de descender de fuentes más puras, ni de tener un pasado mejor garantido.

Establezcamos el orden en este confuso hacinamiento; concentremos la batalla en un punto culminante desde el cual podamos dominar todos los otros. ¿Los Evangelios han sido redactados por los evangelistas? Contéstese categóricamente sí ó nó; advirtiéndole que la demostración palmaria de la afirmativa, basta para apagar los fuegos todos de las baterías enemigas. Ahora bien, como todos los testimonios de la historia están en favor de dicha afirmativa, y en favor de la negativa solo existen hipótesis y mutismo, dicho se está de qué parte se halla la razón. Vamos sin embargo à patentizarla más todavía.

II.

Las deposiciones de la historia comienzan en los mismos orígenes del cristianismo. El Evangelio de S. Mateo fué escrito hácia el año 40 de nuestra éra: el de S. Márkos cuatro ó cinco años despues: el de S. Lúcas en las cercanías del 52: el de S. Juan durante los últimos años de la vida de dicho apóstol, es decir, al acercarse el término del siglo primero. Pues bien, à partir de esas diferentes fechas, una série nunca interrumpida de testimonios verídicos, desinteresados, irrecusables, refiere à su autor respectivo cada uno de dichos Evangelios y esto de una manera tan convincente, que no puede concebirse la subsistencia de autenticidad alguna literaria, si esta no puede subsistir.

San Clemente, que fué el tercer sucesor de S. Pedro en la sede Romana, y que vivió mucho tiempo con el príncipe de los apóstoles y con S. Pablo, en su carta primera á los Corintios recuerda las palabras de S. Lucas: «Sed misericordiosos y alcanzaréis misericordia: perdonad y seréis perdonados: segun procedais con los demás así se procederá con vosotros.» Y las de San Mateo y S. Márcos: «Más le valiera á este desdichado que se le atara una piedra de molino al cuello y se le arrojara al mar que no que escandalizara á esos pequeñuelos.» De manera que dichos libros debian existir para que pudiesen ser citados, no pudiendo caber la menor duda de que pertenecen por consiguiente a la época de los apóstoles y que fueron escritos por los hombres apotólicos á quienes se atribuyen. Y todavía se corrobora más esta prueba si se fija la atención en que las cartas de S. Clemente no contienen cita alguna de S. Juan, cuyo Evangelio vió la luz con posterioridad á la muerte de S. Clemente: de manera que los testimonios de la tradicion son decisivos hasta por lo que ca-
llan.

Después de S. Clemente, S. Bernabé, que segun el mayor número de sábios, fué un verdadero apóstol, ó por lo ménos, segun la comun opi-

nion: un personaje apostólico, en una carta que lleva el nombre del mayor compañero de S. Pablo, continúa muchos pasajes de los discursos del Salvador, entre otros el siguiente: «No he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores.» Hé ahí pues un nuevo testigo contemporáneo que depone relativamente á la autenticidad de los textos evangélicos.

S. Ignacio, obispo de Antioquia, martirizado en el año 107 habia visto, es él mismo quien lo manifiesta, á Jesucristo en carne humana, después de su resurreccion. No hay para qué decir que debió conocer á muchos de los apóstoles y de los primeros discípulos del Salvador. Consta además que pasó la mayor parte de su vida al lado de S. Juan. Pues bien, este doctor emplea frecuentemente en sus escritos varios pasajes tomados de los Evangelios y en particular el siguiente: «El árbol se conoce por los frutos que produce: sed prudentes como la serpiente y sencillos como la paloma.» De donde resulta, con completa evidencia, la anterioridad de los textos del Evangelio respecto de las epístolas de S. Ignacio y por consiguiente la contemporaneidad de los Evangelios y de sus presuntos autores.

S. Policarpo, unido en estrecha amistad con S. Ignacio, bien que muchísimo más jóven, habia

sido igualmente discípulo de S. Juan. En su carta á los Filipenses cita tambien varios pasajes de los evangelistas como estos de S. Lúcas: «Si no queréis ser juzgados no juzgueis de los demás.»—«Perdonad y seréis perdonados;» ó este de S. Mateo: «Bienaventurados los pobres de espíritu y los que sufren persecucion por la justicia:» ó, por último el siguiente de S. Márcos: «El espíritu es arrebatado y la carne es débil.» ¿Se necesita más para establecer que S. Policarpo admitia la perfecta identidad de los historiadores de Jesus? ¿Puede siquiera concebirse que los hubiese citado si no los hubiese reconocido tales?

Papas, obispo de Hierápolis, que era contemporáneo de S. Policarpo, escribió una obra en cinco libros intitulada: *Exposicion de los discursos del Señor*. Era discípulo de Aristogiton y del sacerdote Juan, y habla en fuerza de las narraciones que le hicieron los que habian vivido familiarmente con los discípulos de Jesus; de manera que hablando de S. Márcos dice: «que fué intérprete de Pedro y que escribió cuanto conservaba en la memoria con completa exactitud; pero no segun el orden con que el Señor lo habia dicho ó realizado.» y refiriéndose á S. Márcos manifiesta: «Que escribió en hebreo el E-

vangelio de los oráculos y de las acciones de Jesucristo.» ¿Puede dudarse, en vista de estas citas que nos ha trasmitido Eusebio, respecto de la antigüedad y legitimidad de los Evangelios? ¿Puede abrigarse la más mínima sospecha respecto de su existencia desde los primeros tiempos del cristianismo, y de que pertenecen realmente á los autores á quienes se atribuyen?

De los Padres apostólicos, ó discípulos de los Apóstoles, pasemos ahora á los de la edad siguiente.

S. Justino, convertido á la fé cristiana á la edad de treinta años, martirizado por esta misma fé en 167, debió conocer en Palestina, lugar de su nacimiento, muchas de las personas que habian vivido con S. Simeon, próximo pariente de Jesus, y segundo obispo de Jerusalem. En su primera apología, presentada á los emperadores Antonino Pio, Marco-Aurelio, y Vero, sienta que las memorias de los apóstoles, es decir, lo que se conoce comunmente con el nombre de Evangelios, constituye la lectura que se hace en las reuniones de fieles. Y la prueba de que al expresarse en estos términos, se refiere precisamente á nuestros Evangelios, la tenemos en el hecho de citar de los mismos numerosos fragmentos al pié de la letra. Añadamos ahora que

en todas sus obras, supone la verdad de la historia evangélica, y que saca de ella una porción de fragmentos textuales, cuya ennumeración sería enojosa, pero cuyo empleo demuestra una fe tradicional profundamente fortalecida en la autenticidad del libro que defendemos.

Taciano discípulo de S. Justino, traslada en su *Discurso á los Griegos* pasajes enteros de S. Juan. ¿Lo habría hecho si no hubiese considerado los Evangelios de origen apostólico y como fundamentos de la fé? Jefe más tarde de la secta de los Encratitas, no pone en duda la autenticidad de los libros sagrados que la condenan; contentándose con truncar los textos para mejor acomodarlos á sus errores. Finalmente, compone una obra titulada *Diatesseron*, que significa, según los cuatro, obra que no es más que una concordancia de los cuatro Evangelios, y por consiguiente un reconocimiento formal de la existencia de éstos últimos, de su número canónico y del nombre de sus autores.

Athenágoras y Theófilo, obispos de Antioquía, en sus apologías de la religion, que pertenecen á la misma época, citan con mucha frecuencia los Evangelios y aluden repetidamente á los mismos: citas y alusiones que no permiten

á una crítica sensata poner en duda la antigüedad y la autenticidad de los textos evangélicos.

San Ireneo, que fué amigo íntimo de S. Policarpo, el cual había conocido á S. Juan y á otros muchos discípulos del Salvador; S. Ireneo que poseía los Evangelios, no de primera mano; pero sí de segunda, y de los cuales había oído hablar frecuentemente á su maestro, debía saber á ciencia cierta lo que eran y por lo mismo no puede dudarse respecto del valor que merece su irrefragable testimonio, expuesto en los siguientes términos: «San Mateo ha escrito para los hebreos y en la lengua de estos, el Evangelio que Pedro y Pablo han ido á publicar al establecer las Iglesias. Despues de su partida Marcos, discípulo é intérprete de Pedro, nos ha comunicado por escrito lo que este había anunciado. Lucas, sucesor de Pablo, ha enseñado el Evangelio que este predicaba; y posteriormente Juan, discípulo del Señor, que había descansado en su seno, ha escrito también un Evangelio durante su permanencia en Efeso.» Para rebuster tan explícita deposición, añade S. Ireneo que los Evangelios son cuatro: ni más, ni menos, deduciendo de ello una conclusión mística dependiente de las cuatro regiones del mundo en que está diseminada la Iglesia. Hece notar por últi-

mo, y esta es una circunstancia capital en esta revista de la tradicion, que los herejes de su tiempo, marcionistas, ebionistas, valentinianos, etc., siquiera no admitiesen todos los Evangelios como base de su doctrina, no ponian en duda la autenticidad de ninguno de ellos. Por esto ha podido exclamar un apologista. «Aun cuando nouviésemos más que el testimonio de S. Ireneo, quedaria completamente demostrada la autenticidad de nuestros Evangelios (1).»

Tertuliano, que escribió á fines del siglo segundo, y que al hacerlo contaba ya una edad muy adelantada, por cuyo motivo sólo se hallaba separado por una ó dos generaciones de San Lucas, que vivió muchos años todavía despues de haber escrito, establece que nuestra fé se halla fundada entre los apóstoles en el testimonio de Jaun y de Mateo, y entre los hombres apóstólicos, en el de Lucas y Marcos, y prueba inmediatamente la autenticidad de sus Evangelios por la antigüedad y universalidad de su diffusion en todas las Iglesias. Al siglo décimono no estaba reservado el privilegio de poner en duda la antigüedad apostólica proclamada por

(1) I.º de la doctrina.

Tertuliano, y especialmente el de establecer diferencias entre la autoridad de los distintos Evangelios, sin tener en cuenta las siguientes palabras que el elocuente doctor dirige á Marcio: «Por qué razon, lamentándote respecto de los demás Evangelios, admites únicamente al de San Lucas, sin tener en cuenta que todos han sido igualmente admitidos en la universalidad de las Iglesias, desde el comienzo de las mismas?»

Cerremos aquí el círculo de tales deposiciones. La parte adversa reconoce además, que la tradicion, á partir del siglo tercero, es favorable á nuestra verdad. Por consiguiente, se quiere hacerse hincapié en la opinion de que los Evangelios son supuestos, es indispensable sostener que las obras de San Clemente, de San Ignacio, de San Policarpo, de San Justino, de Athenágoras, de Theófilo, de San Ireneo y de Tertuliano, son apócrifas. Los autores eclesiásticos se sostienen mutuamente por la solidaridad y la filiacion que se establece entre los asertos de ayer y los de hoy. Cuando los eslabones de esta cadena están soldados el uno dentro del otro, es más fácil suprimir la cadena entera que aislar los eslabones; entónces, ¿cómo se concibe la supresion de dos siglos en la historia?

Téngase en cuenta, sin embargo, que no se reducen á las precedentes las pruebas que podemos aducir en apoyo de nuestra tesis. Paralelamente á la línea recta de la tradición, se ha formado una rama colateral que rinde idéntico testimonio.

Los herejes contemporáneos de los apóstoles, tales como los nazarenos, los ebionistas, los cerinthios, los gnósticos, y más tarde los sectarios contemporáneos de los discípulos de los apóstoles, por ejemplo, Valentino, Heraclio, Ptolomeo, Basílido, Taciano, Julio, Casiano, Marcio, Carpocrato, Barclesano, en una palabra, todos los blasfemadores que pudieron contemplar el origen de las narraciones evangélicas, tenían interés en negar su autenticidad si hubiese sido dudosa, y sin embargo, no hay uno sólo que respecto del particular haya formulado objeción alguna. Unos rechazaban los Evangelios que les eran desfavorables, diciendo que no estaban conformes con la verdad, otros los alteraban interpretándoles torcidamente para mejor acomodarlos á sus especiales opiniones; no faltaron quienes se proclamaron más sinceros que sus redactores, pero no hubo uno sólo que disputara á estos la gloria de semejante redacción, y así se explica que San Ireneo dijera: «Puesto que

nuestros mismos contradictores emplean en provecho propio los textos sagrados, no cabe desconocer que confiesan con ello su origen divino, y al par confirman nuestras demostraciones (1).»

Los mismos paganos de los primeros siglos, estaban en la mejor disposición para averiguar la verdadera procedencia de los Evangelios, y no obstante de que combatieron constantemente la doctrina, jamás pusieron en duda la autenticidad: el mismo Celso, que aventura la acusación de haber nuestros padres arreglado la primera edición de los Evangelios; no admite siquiera la hipótesis de una suposición fraudulenta. Hasta Juliano el apóstata, no se encuentra quién, combatiendo la divinidad de Jesús, no haya confirmado la de los Evangelios, en virtud de un reconocimiento explícito de su origen apostólico. «Ni Pablo, ni Lucas, ni Marcos, dice, han tenido valor para declarar á Jesús, Dios; ese bendito de Juan es el primero que á ello se ha aventurado (2).» ¿Con qué derecho, pues, los racionalistas contemporáneos vienen á poner en duda una evidencia histórica, ante la cual los re-

(1) *Id.*, *Adversus haereseis*, lib. 2, c. 2.

(2) San Cirilo. *Alex. contra Jul.*, lib. 1.